

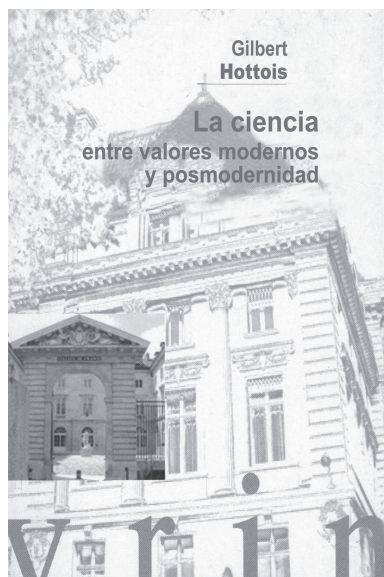
Reseñas bibliográficas

HOTTOIS, Gilbert. La ciencia entre valores modernos y posmodernidad (Edición en español. Traducción Chantal Aristizábal) Ediciones VRIN-UNIVERSIDAD EL BOSQUE, Bogotá, 2007.

Por: Jaime Escobar Triana, M.D.

En este volumen de Gilbert Hottois encontramos cuatro textos relacionados de una u otra forma entre sí, acerca de las discusiones sobre la investigación científica en la actualidad.

El primero corresponde a La conferencia titulada La ciencia europea, entre valores modernos y posmodernidad, leída en el año 2004 con ocasión del Coloquio “Ciencia y Conciencia europeas” organizado por el Colegio de Francia. El segundo, denominado por el autor El texto integral, incluye numerosas notas de pie de página y las referencias correspondientes a la conferencia. El tercero y el cuarto contienen las ponencias presentadas en coloquios coorganizados en París por la UNESCO: De la filosofía de las ciencias a la filosofía de las técnicas



en el Coloquio sobre *La historia y la filosofía de las ciencias desde un punto de vista cosmopolita* (2004) y Principios normativos universales en bioética en el coloquio sobre *Bioética y Derecho Internacional* (2005).

El interés por los temas abordados en el texto tiene pertinencia notoria para quienes siguen con atención las inquietudes y las reflexiones suscitadas en la actualidad por la evolución de la investigación científica.

La propuesta de la Unión Europea sobre la filosofía política de la investigación y el desarrollo muestra específicamente una intención de renovación y adecuación a los propósitos y fines de la comunidad que le sirven de marco a la actividad científico-técnica y que también podría ser un modelo para otras sociedades.

A partir de la propuesta de Vannevar Bush en 1948 al presidente Truman, en el informe titulado *Ciencia, la frontera infinita*, se marcó el derrotero de la investigación científica norteamericana y fuera de los Estados Unidos. Gilbert Hottois hace una revisión de esta forma de modelo lineal de la investigación, el progreso y las relaciones entre ciencia, técnica y sociedad. En este contexto, la investigación básica, de carácter imprevisible, se realiza en las universidades y es financiada por el Estado. Tiene como fin descubrir nuevas leyes de la naturaleza, para así obtener nuevas técnicas y nuevos productos. Se considera que, como consecuencia de estos descubrimientos, se propicia el desarrollo de empresas competitivas capaces de ofrecer empleo y una mejor vida para todos. Esta imagen de la ciencia es muy moderna y plantea un progreso universal. La ciencia es asunto de conocimiento; la tecnología sigue a la investigación básica y los investigadores, apenas una fracción de la sociedad, constituyen una comunidad.

Con el fin de revolucionar la filosofía política de las ciencias, asociadas al modelo lineal, en 1997 el informe de las Comunidades Europeas introduce la Innovación en el corazón del proceso de la Investigación y el Desarrollo y habla, así, de Investigación e Innovación (I&I).

Como la innovación no es necesariamente sólo técnica y material, sino también social (organizacional y jurídica...), se tiende a relativizar el

papel de las ciencias “duras” en los procesos de cambio y se da un giro en la propuesta de V. Bush en la cual es muy débil la presencia de las ciencias sociales y humanas.

El modelo de Investigación & Innovación es de inspiración “socio constructivista” moderada y su “filosofía” es contradecir el “modelo lineal” de progreso tecnocientífico. Por su empeño en la crítica a la “deconstrucción” de la modernidad se le denomina con frecuencia “posmoderno”. Pero, el enfoque socio-constructivista es todavía moderno, en cuanto separa demasiado las ciencias sociales de las ciencias duras; se trata, entonces, de introducir en él y revelar las dimensiones psico-sociopolíticas y los intereses particulares de toda actividad científico-técnica.

Las ciencias sociales deben acompañar, de un extremo a otro y en forma activa, los procesos de investigación en todas las disciplinas, alrededor de un problema socioeconómico por resolver. Pero la sociología constructivista es sólo una tendencia limitada y controvertida de la sociología y de la filosofía de las ciencias y las técnicas contemporáneas. El socio-constructivismo posmoderno valora las mezclas, los mestizajes, la hibridación generalizada.

De otra parte, el sujeto de la Investigación, el Desarrollo y la Innovación es plural, diferente al sujeto de la ciencia moderna, racional, universal y motivado por una intencionalidad cognitiva. No es neutro ni unívoco, sino plural y también conflictivo; en él concurren múltiples actores, investigadores de diferentes disciplinas y, si la investigación es financiada en forma privada, tiene en cuenta el beneficio como valor y el mercado como norma, a diferencia de la financiación pública cuya axiología se inspira “en el bien público”.

En la subjetividad plural de la Investigación, el Desarrollo y la Innovación se conservan los valores tradicionales de la comunidad científica (rigor, objetividad, probidad, independencia, veracidad, publicidad, etc) como axiales. A una gran fracción de la comunidad científica le produce malestar el hacer parte, a partir de ahora, de un sujeto-sistema-proceso complejo que no controla ni finaliza y que conduce a la alienación.

Para la posmodernidad, el sujeto plural y conflictivo de la tecnociencia requiere una conciencia moral y plural que medie en los conflictos de intereses y el debate se dé en los comités de bioética, cuasi-instituciones de debate y concertación para superar los grupos de presión, puesto que el dominio social de su Investigación y Desarrollo por los medios políticos democráticos clásicos, (parlamento, ministerios) se consideran insatisfactorios.

Los comités son pluridisciplinarios, pluralistas e interdisciplinarios; incluyen las humanidades tales como la filosofía, la teología, el derecho y la política. Sus recomendaciones buscan el consenso como preferencia ética, pero no obligatoria. En los comités de ética los saberes científicos y técnicos y los simbólicos pueden actuar sin dominación de ninguno de ellos.

En las conclusiones de esta conferencia, Hottois señala que la posmodernidad sólo es viable sobre la base de una modernidad realizada en forma global y duradera.

La filosofía de la investigación y el desarrollo lineal del informe *Science, The Endless Frontier* permanece; pero debe matizarse y completarse en el informe europeo teniendo en cuenta la complejidad de la I&D y de sus relaciones con la sociedad y la naturaleza.

Ciencia, ética, derecho y política son categorías diferentes. Todas las ciencias humanas (casi ausentes en el informe norteamericano) tienen un papel esencial tanto de acompañamiento ético de la Investigación y el Desarrollo (I&D) como de memoria que se debe preservar y extender. Dado que la ciencia es ahora productora-transformadora de sus objetos y de la realidad, los comités de ética son muy significativos para esta civilización científico técnica y multicultural.

El interrogante acerca de la temporalidad en la que estamos es inmenso y no es posible de anticipar, como nos lo enseñan la biología, la geología y la cosmología.

[El texto integral](#) contiene en detalle lo expuesto en la Conferencia. Trae a colación el recuento histórico de la ciencia moderna desde Bacon y

pasa por el informe norteamericano hasta llegar al momento actual. La propuesta de la Asamblea de Profesores del Colegio de Francia señala que “es necesario reencontrar el sentido de una gran ambición colectiva (2004)”, del ideal de un saber-poder basado en un conocimiento fundamental y universal de las leyes de la naturaleza para transformarla en beneficio del género humano.

La excelencia científica del modelo lineal funciona mal en Europa, pues no desemboca en las suficientes aplicaciones socioeconómicas útiles, y por tanto, como reacción a esto, se debe instalar la Innovación dentro del proceso de Investigación & Desarrollo para asegurar la supervivencia y competitividad de las empresas europeas. Este proceso de cambio con la noción de innovación busca relativizar el poder de las ciencias “duras” y de las tecnologías. Esta innovación no es sólo técnica y material, puede ser sólo social y cuando es material comprende otros aspectos: sociales, económicos, axiológicos. El imperativo “societal” es el nuevo horizonte de la investigación.

La “filosofía” que subyace al modelo de Investigación & Innovación es de inspiración socio-constructivista moderada y la crítica o “reconstrucción” de la modernidad hace que con frecuencia se le denomine “posmoderna”.

En las dos conferencias presentadas por Hottois en los coloquios coorganizados por la UNESCO, De la filosofía de las Ciencias, a la Filosofía de las Técnicas (2004) y Principios normativos universales en bioética (Bioética y Derecho Internacional, 2005) se evidencia la preocupación del autor por dos aspectos importantes de la relación entre ciencia y tecnología y el papel de la filosofía, de una parte y de otra, la bioética como ética de la civilización tecnocientífica.

Es así como interroga si la filosofía se ha dado cuenta de la mutación de la empresa occidental del saber que ha puesto, desde los Tiempos Modernos, a la ciencia bajo la dependencia de la técnica. Sería legítimo decir que la filosofía es filológica si sólo mantiene la preocupación por los signos y por los textos, si la ciencia es fundamentalmente discursiva, representación simbólica de la realidad. Sin embargo, la ciencia moderna contemporánea ya no es esto.

El desarrollo de técnicas de crianza y manipulación del hombre amenazan el papel de la filosofía que entiende el lenguaje como lo propio del hombre y también como elemento de la filosofía. Esas técnicas pueden modificar biológica, psicológica y sociológicamente las conductas humanas.

La expresión filosofía de las ciencias aparece en el siglo XIX. En el siglo XX, en el mundo anglosajón, se refiere a una disciplina de gran fecundidad que prolonga una tradición antigua acerca de la teoría del conocimiento y metodología de adquisición del saber que viene desde Platón y Aristóteles. La denominación “Filosofía de la Técnica” aparece en 1877 en Alemania y Estados Unidos.

Hasta el siglo XIX las ciencias todavía se designaban como filosofías con base en el postulado que afirmaba que la ciencia, en el fondo, es un asunto de discurso y representación teórica. En las tendencias “posmodernas” este es el concepto literario de la ciencia.

Hottois cita a Werner Heisenberg quien, en 1955, resaltaba que la ciencia deja de ser el espectador de la naturaleza y se reconoce a sí misma como parte de las acciones recíprocas entre naturaleza y el hombre. Cada vez es más evidente la extensión de nuestros sentidos sensoriales como órganos por medios técnicos y nuestro cuerpo es más cibernético.

Los órganos han sido eficaces para asegurar la supervivencia de la especie y su “tecnificación” u “operacionalización” incluyen problemas considerados en bioética. Lo natural y lo artificial cada vez tienen límites más borrosos y la participación del hombre en su propia evolución y de la pregunta Kantiana ¿qué es el hombre? se pasaría a una más práctica y menos especulativa: ¿qué va a hacer el hombre con el hombre?

A propósito del Proyecto de Declaración Universal de Bioética de la UNESCO, anota Hottois que la filosofía es sólo una voz privilegiada, entre otras, en el seno del debate bioético. Las otras voces tienen la expectativa frente al filósofo, pues con frecuencia carecen de información con respecto a la realidad filosófica; el exceso de crítica a la propuesta de “principios normativos universales en bioética” puede conducir (desde la filosofía) al nihilismo y el exceso de afirmación, al dogmatismo. Los límites de

la bioética son borrosos con respecto al bioderecho y la biopolítica. De otra parte la bioética se caracteriza por la sobreabundancia de principios, sintomática de la crisis de los referentes normativos estables y comunes. La multiplicación de los principios bioéticos es desconsoladora sólo para los que sueñan con un mundo sencillo e inmóvil. La bioética toma tanto de filosofías kantianas o aristotélicas como del racionalismo ilustrado, o de la Escuela de Francfort, del utilitarismo, de la hermenéutica o de las éticas narrativas.

Para Hottois, la Declaración Universal de los Derechos Humanos constituye el modelo para la instauración de normas universales, pues es un consenso pragmático con base en el respeto a las reglas. Llama la atención sobre las dos maneras de “mantenerse juntos”, el modo lógico (onto-lógico) y el analógico de alcance pragmático. Ambos ofrecen un parentesco con los dos estilos jurídicos: el primero con el derecho continental y el segundo con el derecho anglosajón (*common law*). Añade que el proyecto de Declaración Universal depende del modo lógico, pero se debe contrabalancear con los aspectos pragmáticos, no fundamentalistas, pluralistas y de apertura evolutiva de los valores, de las normas y de los conceptos propuestos.

El principialismo norteamericano, a propósito de los progresos científico-técnicos, entre otros, desarrolló la idea de una ética procedimental como un método para lograr un acuerdo en un contexto en el cual coexisten e interactúan varias morales sustanciales.

Las principales exigencias procedimentales en la discusión bioética son la interdisciplinariedad y el pluralismo, la participación de representantes de todos los grupos de interés, el objetivo no apremiante del consenso y la no ocultación del disenso con sus razones.

El autor está de acuerdo con las premisas filosóficas expresadas en la Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos, como el título y el modelo en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. También resalta otros aspectos tales como subrayar la bioética como interdisciplinaria y pluralista, el gran número de principios y valores anotados, su interdependencia y complementariedad, la importancia de

la información tecnocientífica, el valor de la ciencia y las virtudes exigidas a la comunidad científica y las cualidades de un trabajo científico, entre otros.

En lo relacionado con cuestionamientos y reservas, considera que se trata poco el asunto de la investigación científica o técnica; su desarrollo se refiere justificadamente al mundo llamado “en vías de desarrollo”.

El desarrollo científico-técnico suscita los problemas y las controversias bioéticas; a esto debe agregarse el multiculturalismo, las desigualdades universales, las deficiencias del gobierno democrático y las deficiencias de la educación.

Anota que la Declaración concede poca importancia a la ética ambiental y la enfoca sólo en la biodiversidad; las cuestiones relacionadas con los animales están ausentes. Sin embargo, la Declaración constituye un concepto, un texto accesible, muy completo y reflexivo en un campo de gran complejidad.

Creo que la publicación en español de este texto del profesor Hottois facilitará el acceso oportuno de la comunidad hispanohablante a temas de gran actualidad relacionadas con la civilización tecnocientífica que, de alguna manera, nos motiva e interesa a todos.

APPIAH, Kwame Anthony. La ética de la identidad. Editorial Katz, Buenos Aires, 2007. 404 Páginas. ISBN: 978-987-1283-36-1

Por: Carlos Vladimir Zambrano, Ph. D.

Uno de los desafíos intelectuales y académicos de la Bioética es la canalización de la diversidad cultural hacia sus fuentes de saber, sus prácticas profesionales y sus desarrollos éticos. La bioética no puede hacer abstracción ni de los impactos producidos por la sociedad tecnocientífica en el curso de la vida en general, ni puede desarrollarse sin tener en cuenta la pluralidad de los hechos culturales, morales y éticos. Bioética, tecnociencia, multiculturalidad y pluralismo, por decirlo de alguna manera brusca, van de la mano, están mutuamente interrelacionados y son irreductibles unos a otros.

The ETHICS of IDENTITY



KWAME ANTHONY APPIAH

El libro de Appiah permite acercarse al tema de exclusión desde las identidades y las diversidades. No es, *stricto sensu*, un libro bioético; podría sustentarse que tendría alcances bioéticos en el sentido de que responde a la provocación de pensar la diversidad cultural en clave identitaria y ética, como dinamizador del plan de vida de los seres humanos en contextos multiculturales o interculturales.

La diversidad que le preocupa al autor no es cuestión de las culturas, sino de las identidades; diferenciación que es –a mi juicio- muy útil. Appiah llega a establecer una ecuación: a la merma de los contenidos culturales de las identidades, aumenta la estridencia creciente de sus reivindicaciones. Con estas consideraciones no se propone recomendar que no se tomen en serio los numerosos reclamos que se hacen en nombre de la cultura (cfr. 183), pero basta enunciarlo de esa manera para estar al borde de la conculcación de derechos. El tema de la cultura, para ser ético, en el sentido garantista de derechos, no puede defenderse ni atacarse con criterios morales; todos los criterios morales deben protegerse no argumentarse; no pueden ser juez y parte, y eso es lo común en los asuntos de las costumbres, porque es con las morales de sus propias tradiciones con lo que las personas hacen sus juicios, discriminan y excluyen. No obstante, tales *mores* son los que deberán comprenderse, a toda costa.

La ética de identidad tiene un camino que recorrer. El seminario internacional de la Universidad El Bosque, en el año 2007, Bioética, diversidades y exclusión, debería hacer lo propio en el campo bioético. *The Ethics of identity*, fue publicado en 2005 por Princeton University Press, y ha sido traducido por Lilia Mosconi para Katz Editores de Buenos Aires. El autor –quien intenta reflexionar sobre el desplazamiento de las obligaciones morales a las realizaciones éticas- es inglés, hijo de padres ganeses, no muy conocido en América Latina, y dedicado a los estudios culturales, desde la filosofía. Katz de Buenos Aires, que nos ha traído excelentes títulos, lo publica en la colección conocimiento; en ella destacan, además, los trabajos de Marta Nussbaum sobre el *ocultamiento de lo humano*, Seyla Benhabib con *las reivindicaciones de la cultura*, Richard Bernstein sobre *el abuso del mal* y, Amartya Sen sobre *identidad y violencia*. Lo que Appiah escribe para el mundo angloparlante, su mundo; Katz, lo traduce al español, nuestro otro mundo.

¿Cómo dar cuenta de esas formas sociales que se llaman *identidades* y sus reclamos éticos? (cfr. 20), es una pregunta sobre el mundo de las inclusiones y exclusiones que los seres humanos han creado, y que particularmente atormenta al autor. De ahí que le surjan un par de preguntas eje: “¿las identidades representan un freno para la autonomía o son ellas la que la configuran? ¿Cuáles son los reclamos justos, si es que

hay alguno, que pueden hacer al Estado esos grupos de identidad?” (20) De ahí en adelante Appiah organizó el trabajo. Lo hizo en seis capítulos: el primero, la ética de la individualidad; el segundo, la autonomía y sus críticos; el tercero, las exigencias de la identidad, el cuarto, el problema con la cultura; el quinto, la formación del alma; y, el sexto, el cosmopolitismo arraigado.

Liberal que debate liberal, eso parece definir al autor. No obstante, por hablar de libertad, igualdad, fraternidad e individualidad no se es más o menos liberal; ni aún cuando la sustancia de lo individual se nutra de categorías como la identidad, la cultura, el alma y la tradición –todas ellas tan conservadoras- como sucede en el análisis presentado en *la ética de la identidad*, el libro de Appiah. Él, explora en el libro la ética de la identidad en la vida personal y política, tomando la noción de identidad desarrollada por Stuart Mill: “un agradable compañero de viaje” (20), que dijo que el tema de la identidad no es en absoluto ajeno al canon más alto de la filosofía política.

Los “elementos centrales de la tradición liberal son materia de controversia” (12), advierte Appiah. Dichos elementos mestizados con otros conceptos, son fuente y parte de agrias polémicas; es quizás por ello que Appiah advierte -desde el principio- que el liberalismo –como toda tradición intelectual- “más que una doctrina, es un conjunto de debates (cfr. 13-14), en el que la identidad es un desafío al liberalismo, ya que el tema de la identidad devela una doble situación: la diferencia de las formas de vida, y, el poco interés liberal en ellas; sobre todo el poco interés –germen de toda exclusión- por los seres humanos particulares y contextuales en situaciones de multietnicidad, y multiculturalidad. De ahí que, el texto renueva con brío –aunque no se si con sentido- el tema de la diversidad en la política, por la vía de la deliberación ética. Al respecto traza una suerte de agenda:

“Al trasladarse al campo de la obligación moral al de la realización ética, la reflexión de los filósofos modernos ha retornado a preguntas que absorbieron la atención de los antiguos: preguntas acerca de qué vida deberíamos llevar, que define una vida bien vivida como algo más que una vida que satisface nuestras preferencias... En los orígenes de la fi-

lososía política moderna, la cuestión de la diversidad estaba lejos de ser marginal: era un asunto prioritario... ‘amplias tendencias históricas han impulsado el desarrollo de la generalización en el pensamiento moral’... y lo que fomentó tal generalización fue precisamente la serie de desafíos que presenta la diversidad interna” (21).

Cuatro temas, básicos para la diversidad, deben destacarse del texto de Appiah; la individualidad, la autonomía, la identidad y la cultura. La individualidad la desarrolla desde la ética, la autonomía desde sus críticos, la identidad desde sus exigencias, y la cultura desde sus problemas. Ese panorama de por si se insinúa bioético puesto que la realización de los individuos (bienestar, no sufrimiento, libertad, desarrollo) en la sociedad tecnocientífica esta marcada por la profundización de los derechos individuales, por la promoción de la autonomía de las personas, por el respeto a las diferencias, y por el reconocimiento de la diversidad cultural.

Para Appiah, la ética de la individualidad es el gran experimento de la libertad liberal, experimento que se proyecta en los planes de vida (concepto milliano, según el autor), sobre la base de elecciones sociales, inventivas y auténticas. La ética en la identidad es proyectada desde la pregunta por el “¿cómo encaja la identidad en nuestros proyectos morales más amplios?... Adoptar una identidad, hacerla mía –subraya Appiah-, es verla como el factor que estructura mi camino en la vida” (58). Tal afirmación y la sustentación abren, párrafos adelante, un nuevo debate: la identidad es una fuente de valor, o “algo” que hace realidad otros valores.

La autonomía y sus críticos, y Appiah es uno de ellos. El argumento desde las otras culturas es una pista falsa para hablar de la autonomía, señala él, en la página 87. La autonomía no es dable –continua dando razones- porque no es posible hablar de individuos realmente autónomos en una sociedad. Si la autonomía es, al modo de Mill, la capacidad de elegir un plan de vida, por si mismo, sin que nadie lo haga por uno, es imposible que ella se produzca. Otros dos temas son saber cuan autónomos deberíamos ser y de qué autonomía hablando. Lo que exige la autonomía es tener en cuenta más de dos puntos de vista.

Las exigencias de la identidad se vehiculizan en narrativas y *performances*, éstos coadyuvan a la estructuración de las identidades sociales, tanto en contextos multiculturales como uniculturales. Al hablar de la identidad con el fin de explorar sus dimensiones es necesario nutrirse de ideas como autonomismo, pluralismo y neutralismo, narrativas y *performances* que se acomodan para reconsiderar la neutralidad (incluso la objetividad) y el lenguaje del reconocimiento (incluso la tolerancia), y se proyectan como programas y como planes de acción, individuales y públicos. En Colombia es interesante la metáfora de los planes de desarrollo como planes de vida, sobrepasan la esfera privada de Mill, para instalar la diferencia en el ámbito público, del Estado o de los sistemas políticos. “Incluso los liberales que sospechan del discurso de las virtudes cívicas a menudo toman la autonomía personal como algo de valor inherente; y, como ya se ha dicho, es posible que esos autonomistas sean perfeccionistas... trazar una distinción entre el objetivo de procurar la virtud de los ciudadanos por su propio bien y el de hacerlo por el bien del sistema político puede resultar difícil.” (244)

El problema de la cultura no es marcar la diferencia, sino estimular el principio de la diversidad.

La *ética de la identidad* en buena hora aparece; asoma generando una interlocución con los propósitos del doctorado de la Universidad El Bosque, y permite visualizar la tensión disciplinaria que se produce en la bioética al introducir el tema de la identidad. Un libro que vale la pena tener en la biblioteca, un libro que obliga al lector a fijar una posición.